DE LA NATURALEZA DE LA UNIPOLARIDAD*

*Carlos Arriola***

El fin de las grandes guerras siempre ha suscitado la esperanza de llegar a una paz duradera, basada en el respeto al derecho internacional y en la creación de instituciones, la última la Organización de las Naciones Unidas, que incluyó la UNESCO, la FAO, la OMS, además de un sinnúmero de comisiones y otras instancias. Las revoluciones, a su vez, han generado expectativas en una sociedad mejor, desde que en 1789 se habló de libertad, igualdad y fraternidad. Sin embargo, ni unas ni otras han colmado las ilusiones, ya que el conflicto y la desigualdad reaparecen una y otra vez, tanto entre los Estados como al interior de éstos.

El fin de la Guerra fría no fue la excepción y a la euforia producida por la caída del muro de Berlín se ha sucedido un hedonismo en los más afortunados, un escepticismo con respecto al rumbo de la economía y la política en el mundo y reacciones agresivas tanto de los que han sido excluidos de los beneficios de la modernidad como de aquellos que han sido privados de su identidad laboral, ciudadana o nacional, los nuevos *déclassés*, los venidos a menos. Nada de ello es ajeno al renaci-

31

* Este trabajo será publicado en *El nuevo milenio mexicano*, tomo I; Pascual García Alba, Lucino Gutiérrez y Gabriela Torres, compiladores, 2004, México, UAM-Azcapotzalco. Agradezco el apoyo de Clairette Ranc para la elaboración del mismo.

** Director de la revista *línea*.

CARLOS ARRIOLA

miento de la xenofobia y de los fundamentalismos de todo tipo, contrarios a las ideas de la Ilustración, origen del mundo moderno.

El fin de la Guerra Fría también aparejó la desaparición del mundo bipolar y significó una victoria pacífica de los Estados Unidos pero, a la vez, les impuso cargas y responsabilidades superiores en el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional que, anteriormente, compartían con la Unión Soviética. Mientras ésta existió, los Estados Unidos contaron con numerosos argumentos para justificar su hegemonía en el mundo ‘libre’ y a los países no socialistas, principalmente a los europeos, les sobraban razones para aceptarla. Los argumentos utilizados se basaban en la defensa de la democracia, los derechos del hombre y de la libertad, así como en la superioridad del mercado para asegurar mejores niveles de vida y otros más proporcionados por las historias de intelectuales, artistas y científicos heterodoxos del mundo socialista. Al desaparecer éste, ha quedado al descubierto el rostro del poder hegemónico en el mundo y el de una economía sin frenos, como el temor al comunismo, que había limitado la velocidad del *establishment* para maximizar el dominio y los beneficios económicos.

32

Sin la existencia de un enemigo común es difícil legitimar la hegemonía de un Estado. Los méritos pasados son un camino y el maniqueísmo otro. Los estudiosos y los políticos norteamericanos no se cansan de recordar la participación estadounidense para derrotar a Alemania en dos ocasiones y para contener a la Unión Soviética, al igual que los atenienses mencionaban constantemente el papel decisivo que desempeñaron en la defensa del mundo griego frente a los persas; la superioridad de la democracia (invención de la que se enorgullecían) sobre otras formas de gobierno, y la ‘benignidad’ de su dominio comparado con el ejercido por Esparta. Los estadounidenses podrían repetir: “No hemos hecho nada extraordinario ni ajeno a la naturaleza humana si hemos aceptado una hegemonía que se nos entregaba y no hemos renunciado a ella por tres motivos: el temor, el honor y el provecho.”¹

¹ Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Libro I, párrafo 76. En lo sucesivo sólo se citará el libro con número romano y el párrafo con arábigo. La edición utilizada fue la traducción de Francisco Rodríguez Adrados,

DE LA UNIPOLARIDAD

El maniqueísmo republicano manifestado desde el gobierno de Reagan, en el que colaboraron muchos de los altos funcionarios de la administración de George W. Bush ha resultado poco convincente para justificar la política de poder. Bush, al hacer a un lado el derecho y las instituciones internacionales y sostener su prerrogativa a actuar unilateralmente, incluyendo la guerra ‘preventiva’, repite mal y sin haber oído de ellos los argumentos atenienses: “Las razones de derecho intervienen cuando se parte de una igualdad de fuerzas mientras que, en caso contrario, los más fuertes determinan lo posible y los débiles lo aceptan” (v, 85-113).

Las dificultades para legitimar la hegemonía las han conocido todos los imperios, así como las obligaciones a su dominio. España echó mano al expediente religioso, pero Carlos V conoció las refutaciones de Vitoria y de Fray Alonso de la Veracruz. Francia recurrió a su misión civilizadora y Kipling escribió sobre *the white man burden* para mencionar las obligaciones de la Gran Bretaña. Los Estados Unidos continúan insistiendo en su papel de baluarte de la libertad, la democracia y el mercado, a pesar de no existir un Estado capaz de ponerlas en riesgo. De ahí que su antiguo papel de defensa de dichos valores adquiera hoy visos de imposición a pueblos y regiones que no cuentan ni con ciudadanos ni consumidores como lo entienden los estadounidenses.

Ser demócrata e imperial plantea situaciones de solución imposible, como lo señaló Rafael Segovia, quien añade: “Los Estados Unidos se han debatido siempre con esta contradicción difícil de superar: un impulso generoso se ve siempre frenado por su egoísmo incontrolado.”²

publicada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales (1955), 2002, Madrid. También se ha tenido a la vista la traducción más reciente de Juan José Torres Esbarranch, publicada por Editorial Gredos en 1990. La publicada por Editorial Porrúa, en la colección “Sepan Cuantos...”, es una traducción hecha por Diego Gracián en 1564, que al parecer fue traducida del francés, por lo que “ha merecido una desaprobación repetida” (Torres Esbarranch).

² *Reforma*, 16 de abril de 2002, p. 16. En el mismo sentido se expresa Albert Thibaudet en su magnífico ensayo “La campagne avec Thucydide”,

CARLOS ARRIOLA

Para resolver esta contradicción entre democracia e imperialismo se ha echado mano a los recursos de siempre, el lenguaje y las teorías, por lo que en la primera parte del trabajo se analizarán los argumentos utilizados actualmente. En la segunda se estudiará la concepción del neologismo ‘unipolaridad’, defendida por el gobierno de Bush Jr., así como las principales críticas del Partido Demócrata y las formuladas desde la academia. En la tercera parte se esbozarán las primeras consecuencias de la ‘unipolaridad’, tanto para los Estados Unidos como para el resto del mundo.

1. En busca de la legitimidad: del uso político del lenguaje y de las teorías

Los cambios al sentido de las palabras, la indiscriminada adopción de extranjerismos o el innecesario empleo de neologismos en el ámbito de la reflexión y análisis político no es una operación neutra. Tal ocurre con vocablos como globalización, políticas públicas, unipolaridad y tantos otros que, aparentemente, carecen de una connotación política.

- 34 | Globalización no existe en el *Diccionario de la Real Academia* y sería más preciso hablar de internacionalización de la economía, pero esta expresión plantearía de inmediato la desigualdad en los intercambios y la concentración del ingreso en determinados países, empresas y personas. Hablar de globalización permite incluir otro tipo de relaciones entre las naciones como las culturales, las religiosas o las que realizan las organizaciones no gubernamentales que envuelven y disfrazan ‘la americanización del mundo’.³ Así, el neologismo globalización cumple cabalmente con su cometido, al referirse a un conjunto indefinido de relaciones entre Estados y países, así como entre particulares

publicado en 1922, e incluido en *Historie de la guerre du Peloponèse*, traducida por Jacqueline de Romilly y reeditada por Robert Laffont, 1990, París.

³ Stanley Hoffmann, *L'Amérique vraiment impériale?*, 2003, París, Éditions Louis Audibert, p. 15.

DE LA UNIPOLARIDAD

de todas las naciones, y aparece como un proceso neutro, inevitable, no sujeto a controles o reglamentaciones y ante el cual sólo queda el sometimiento.

Otro tanto ocurre con el barbarismo ‘políticas públicas’. En inglés existe una diferencia entre *politics* y *policy*. Aunque ambas palabras se traducen por ‘política’, la primera se refiere a los asuntos que interesan a la *Polis* o sea los de interés general. La segunda se utiliza para definir las estrategias particulares, como las de una empresa. Hablar de *public policies* equivale a recomendar que el Estado siga los patrones de comportamiento propios de los particulares. De ahí la necesidad de añadirles el ‘públicas’. En castellano política se refiere a la actividad que realizan el gobierno, los partidos, los sindicatos y otros actores sociales, así como los particulares, en relación con el poder y, en general, con decisiones que conciernen al país. Sobra por consiguiente el ‘públicas’. El académico que habla de políticas públicas tiene una pretensión ‘científica’, pero a pesar suyo denota valores y orientaciones personales y de grupo, por lo general de carácter tecnocrático, como es la intención de ‘despolitizar’ la administración pública.

Unipolaridad es un neologismo y otro barbarismo. Polaridad sí está incluida en el *Diccionario* que la define como “propiedad que tienen los agentes físicos de acumularse en los polos de un cuerpo y de polarizarse”. En sentido figurado es “la condición de lo que tiene propiedades o potencias *opuestas*, en partes o direcciones *contrarias*, como los polos”. Este sentido de polaridad permitió hablar, en el periodo de la Guerra fría, de un mundo ‘bipolar’, ya que describía la existencia de dos centros de poder con ideas, valores y políticas opuestos que se enfrentaban en el ámbito mundial.

La desaparición de la Unión Soviética aparejó la hegemonía indiscutible de los Estados Unidos, pero hegemonía es definida como “supremacía que un Estado ejerce sobre los otros”, lo cual resulta inaceptable para la buena conciencia del estadounidense. Hegemonía, en opinión del decano de la Kennedy School of Government, de la Universidad de Harvard, Joseph S. Nye, sólo tiene significado si se utiliza en el ámbito militar, por lo que este profesor prefiere recurrir al lenguaje cibernético

CARLOS ARRIOLA

y sugiere hablar de *soft power* y *hard power* para referirse a la capacidad de persuasión y a la de coerción, lo que, en buen castellano, se llama diplomacia y guerra.⁴

Inventar un lenguaje pseudocientífico o trastocar el sentido de las palabras ha sido una operación común en la historia de la humanidad. En la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Tucídides también describe los cambios de conducta de los griegos por la guerra y señala: “para justificarse, modificaron incluso el significado normal de las palabras en relación con los hechos, para adecuarlas a su interpretación de los mismos” (III, 82). A su vez, la Revolución francesa resucitó el vocablo ciudadano; la rusa puso en circulación al camarada, y la cubana, al compañero. Todos ellos reflejaban una posición política, una ideología que legitimaba intereses concretos, al igual que el vocabulario de hoy se refiere a ‘las historias de éxito’, al ‘bienestar del consumidor’ y otras bobadas con las que se pretende justificar el máximo posible de libertad para los mercados y eliminar los controles estatales en beneficio de intereses específicos.

36

Tucídides es considerado el padre de los estudios internacionales y fundador de la teoría realista de la política, de la que se reclaman los ‘intelectuales’ que defienden la política de Bush, como Robert Kagan. Ahora bien, Tucídides escribió historia política, no buscó legitimar la política de las partes, sólo explicarla, y mucho menos recomendó políticas a seguir. De ahí que no pueda acusársele de cinismo como a

⁴ Véase “U.S. Power and Strategy after Iraq”, en *Foreign Affairs*, vol. 82, núm. 4, julio-agosto de 2003, p. 60-74, así como el párrafo titulado *Selling soft power short* que puede traducirse por ‘vender claramente’ el *soft power*, y así seguir la recomendación de T. Roosevelt: *speak softly when you carry a big stick*. La intención del autor es convencer al gobierno de Bush de recurrir más al *soft* que al *hard power* para hacer ‘atractiva’ la posición de los Estados Unidos en el mundo, tarea que se antoja imposible ya que cualesquiera que sean los términos empleados para referirse a ella, no puede ocultarse la superioridad del poderío norteamericano, su hegemonía.

DE LA UNIPOLARIDAD

Rumsfeld, Wolfowitz o Kagan.⁵ El realismo de Tucídides tenía otro objeto y él mismo advierte al lector:

Tal vez la falta del elemento mítico en la narración de estos hechos restará encanto a mi obra, pero será suficiente si la consideran útil aquellos que quieran tener un conocimiento exacto de los hechos del pasado y de los que en *el futuro serán iguales o semejantes, de acuerdo con las leyes de la naturaleza humana* (I, 22).

Al realismo de Tucídides se opone no la escuela de los idealistas que desearían ver los Estados sometidos al imperio del derecho internacional, sino la de quienes han pretendido despolitizar los estudios sociales y tratar de convertirlos en una ciencia para legitimar una supuesta racionalidad de políticas concretas que benefician a grupos determinados. Los primeros conocen la naturaleza humana y la del poder y de ahí su insistencia en someterlos al orden jurídico. Los segundos intentan reducir a modelos las conductas humanas como si los hombres actuaran movidos únicamente por la razón y su comportamiento excluyera la *hibris*, o como decía Maquiavelo, el lado bestial del hombre.⁶ De ahí que, al ignorar las pasiones, los esfuerzos por hacer de la política

37

⁵ Tucídides se limitó, como sólo los atenienses podían hacerlo, a ir al fondo de las cosas, a comprender la esencia de la naturaleza humana, a buscar la racionalidad y a encontrar sus manifestaciones, lo que les permitió inventar la democracia, sentar las bases de la ciencia, filosofar, dramatizar y dar origen al clasicismo, gracias a que consideraron al hombre ‘como medida de todas las cosas’. La admiración que ha suscitado la *Historia de la Guerra del Peloponeso* no ha cesado y uno de los estudios más lúcidos, al alcance del lector mexicano, se encuentra en el volumen *Dimensiones de la conciencia histórica*, de Raymond Aron, y otro en *Paideia*, en el capítulo titulado “Tucídides como pensador político”, ambas obras publicadas por el Fondo de Cultura Económica.

⁶ Véase *El Príncipe*, 1970, México, Porrúa, Colección “Sepan Cuantos...”, n° 152, cap. XVIII. El prólogo de Antonio Gómez Robledo amerita su lectura.

CARLOS ARRIOLA

una ciencia han tenido resultados mediocres y, casi siempre, decepcionantes, por no decir francamente inútiles. Los promotores de esta escuela han sido principalmente los estadounidenses, con seguidores en todo el mundo, dado el número de jóvenes que realizan sus estudios de posgrado en los Estados Unidos, por lo que no es de extrañar que entre ellos se encuentren los defensores de las tesis y posiciones de dicho país.

Los grandes profesores de la ‘vieja’ Europa prefieren hablar de estudios políticos, como lo ha hecho en México Rafael Segovia, quien no obstante ser “uno de los mejores lectores de la ciencia política norteamericana y uno de sus primeros difusores en México”, ha permanecido siempre fiel a los clásicos, que siguen siendo “el suelo firme de los estudios políticos”.⁷ Entre estos clásicos hay que citar a Georges Burdeau, autor de una monumental obra titulada *Tratado de ‘Ciencia’ Política*, quien concluye que “ante la política, el fracaso de la ciencia es evidente”, ya que el hecho político no existe en estado virgen; sólo hay hechos sociales susceptibles de ser politizados por el hombre. En otras palabras: el universo político no es del mismo orden que el universo físico, ya que está definido por el intelecto y tiene un *carácter* artificial. Es como el universo poético, continúa Burdeau, que resulta de una recreación que da origen a un orden y a una armonía. Esta falta de cualidades específicas de la política coloca al estudioso en una situación difícil, ya que no existen leyes (en el sentido físico) que expliquen “el encadenamiento inexorable de causa y efecto” leyes que, en el mundo físico, nos permiten conocerlo, controlarlo y actuar sobre él. Lo anterior no implica que el universo político (como el poético) excluya la racionalidad. El mundo político es entendible pero los caminos para lograrlo no son los de la ciencia, menos los modelos matemáticos.⁸

38

⁷ Alberto Arnaut, “La obra de Rafael Segovia Canosa”, en *Rafael Segovia Canosa*, Universidad Autónoma de Puebla, Serie Reconocimientos y méritos, n° 16, marzo de 1997, p. 28 s.

⁸ En esta disquisición, Burdeau se refiere a *lo* político (en francés, *le politique*) para distinguirlo de *la* política cotidiana (la ‘grilla’). En el primer sentido, Burdeau se remite a los orígenes griegos de la política como el contenido del pensamiento de un grupo que, al margen de sus intereses

DE LA UNIPOLARIDAD

En el ámbito de la política internacional, el autor de *Paz y guerra entre las naciones*, Raymond Aron, excluye la posibilidad de la existencia de una ‘teoría’ general o pura de las relaciones internacionales, lo que no obsta para tener conceptos claros acerca de la naturaleza de las relaciones entre Estados, que es la que interesa en este trabajo. De ahí, la referencia a Burdeau para destacar la naturaleza de toda política, aunque en el ámbito internacional existan características particulares que la distinguen de la política interna. Entre éstas, cabe mencionar la pluralidad de centros de decisión que pueden recurrir al uso de la fuerza; carencia de un tribunal máximo que pueda imponer sus decisiones con una fuerza propia; alternancia y continuidad de la paz y la guerra. Parafraseando a Max Weber, Aron señala que la sociedad internacional se caracteriza por “la ausencia de una instancia que posea el monopolio de la violencia legítima”.⁹

Raymond Aron concluye que ni la ‘ciencia’ política ni la ‘ciencia’ de las relaciones internacionales son ‘operacionales’, ya que no permiten la previsión o el control total del objeto de estudio: “El desarrollo de las relaciones internacionales continuará siendo histórico en todas las acepciones del término, debido a que las mutaciones serán incessantes; los sistemas diversos y frágiles, ya que están expuestos a todos los cambios, sean económicos, técnicos o morales.”¹⁰ El recurso a la historia se justifica “en la medida en que una actividad humana está determinada por un problema eterno (el poder) y una finalidad constante (el dominio), por lo cual la similitud de formas no es arbitraria o indiferente, ya que se refieren a un aspecto aislable del pasado”.¹¹ Las

particulares, “toma conciencia de su existencia como realidad histórica autónoma. Georges Burdeau, *La politique au pays des merveilles*, 1979, París, Presses Universitaires de France, p. 21.

⁹ Véase “Qu’est-ce qu’une Théorie des relations internationales?” Este artículo es posterior a *Paz y guerra entre las naciones*, 1962, y fue incluido en Raymond Aron, *Études politiques*, 1972, París, Éditions Gallimard, p. 357 s.

¹⁰ *Idem*, p. 380.

¹¹ R. Aron, “Tucídides y el relato histórico”, en *Dimensiones de la conciencia histórica*, p. 172. Theodor Mommsen, el gran historiador de Roma y el

CARLOS ARRIOLA

computadoras, finaliza, difícilmente podrán instruir al Hombre de Estado, por lo que no hay que olvidar las lecciones de la historia iluminadas por los esfuerzos de la conceptualización.

Unas palabras más acerca del lenguaje y las teorías políticas y un ejemplo. El internacionalista Jean Baptiste Duroselle, en su último libro *Todo imperio perecerá*, escribió: En las ciencias de la naturaleza, el descubrimiento de fenómenos ha hecho necesarios numerosos conceptos, con los términos equivalentes: resistencia, resistividad, diferencia de potencial, etc., *pero los descubrimientos no se han hecho porque se hayan inventado los conceptos*. En las ciencias humanas, continúa, se dispone ya de ricos vocabularios, extensos y flexibles, por lo que la creación de nuevos conceptos debe ser excepcional, ya que cuando son ‘ficticios’, son del mismo tipo que la *virtus dormitiva* del opio. (Véase *supra*, *hard power* y *soft power*).

40 | Duroselle también revisa en el libro citado la ‘teoría’ de los juegos, de los sistemas, así como los modelos matemáticos, que confunden el máximo posible de casos con la totalidad de los casos y acepta que “hay que cuantificar todo lo que sea mensurable”, como los flujos comerciales, los precios, el tonelaje de los buques de guerra o la potencia destructiva, pero señala la existencia en las relaciones internacionales de otros aspectos fundamentales de carácter cualitativo que no pueden ser medidos, sólo evaluados. El desarrollo de la genética, concluye con ironía, no suprimirá esa ‘aberración’ que permite la elección de un fin, o sea, la existencia de la libertad humana.¹²

Un ejemplo del uso político del lenguaje y de las teorías políticas lo proporciona el propio Raymond Aron, *malgré-lui*. En sus *Memorias*, publicadas el año de su muerte, 1983, el viejo profesor explica su

imperio, considera que “la observación de las culturas antiguas nos revela las condiciones orgánicas de toda civilización, las fuerzas fundamentales que son las mismas en todas partes, como diferentes son la combinación y el entrelazamiento de las mismas”. *El mundo de los Césares*, 1982, 1ª r., México, FCE, trad. y pról. de Wenceslao Roces, p. 23.

¹² Jean Baptiste Duroselle, *Todo imperio perecerá*, 1998, México, FCE, p. 31 s.

DE LA UNIPOLARIDAD

intención al sentarse a trabajar su *République impériale, les États-Unis dans le monde 1945-1972*:¹³ “Quise escribir un relato ideológicamente neutro, identificando los motivos probables de los actores” ... “sin embargo –añade– tuve que llegar a conclusiones ‘matizadas’ ante las dificultades de aprehender las motivaciones colectivas de un actor como los Estados Unidos y aunque en cierta medida ‘el mundo libre se identifica con el *Free Trade*, hace falta una cierta perversidad de espíritu o un dogmatismo implacable para afirmar que los americanos protegen Europa o combatieron en Corea con el único fin de ampliar la zona abierta a los intercambios comerciales””.¹⁴

Más que insistir en la simpatía de Aron por los Estados Unidos, hay que ver en él a un antitotalitario integral que rechazaba el mundo soviético y, a la vez, experimentaba un profundo desprecio intelectual por ‘el carácter científico’ del marxismo, en particular por las tesis leninistas acerca del imperialismo. El libro *République impériale* comenzó a ser escrito en 1970, después de los acontecimientos estudiantiles de 1968 en París, de la invasión soviética a Checoslovaquia, del fracaso de los Estados Unidos en Vietnam y de la crisis del dólar de 1971. Demasiados acontecimientos y demasiados temas, y, quizá, muchos sentimientos encontrados se alojaban en la mente del autor como para que hubiera producido una obra ‘ideológicamente neutra’.

En sus *Memorias*, Aron también comenta la ‘irritación’ que le causó el título de la reseña del diario *Le Monde*, “¿Son (los americanos) malvados o buenas gentes?”, prueba para Aron, de la ‘mala leche’ del diario: “¿Por qué –se pregunta– plantear como tema la cuestión que deseaba evitar?” Lo que sorprende no es la ‘mala leche’ del diario, sino que un hombre extraordinariamente inteligente, como lo fue Aron, haya intentado *despolitizar* el relato de una conducta esencial e íntegramente política como es la acción de un Estado en el mundo internacional. Aron se esfuerza, sin éxito, en demostrar que la acción de los Estados Unidos en el mundo ha pecado “*no por voluntad de poder*

41

¹³ 1973, París, Calmann-Lévy.

¹⁴ Raymond Aron, *Memoires*, 1983, París, Julliard, p. 637-40.

CARLOS ARRIOLA

sino por inconsciencia del papel que le impuso el destino”¹⁵ y para ello trata de conocer las verdaderas intenciones de los actores políticos. Tal es el caso de la tardía entrada a la segunda Guerra Mundial que no puede —en su opinión— ser atribuida a un ‘supermaquiavelismo’ del Congreso americano, aunque reconoce que si los Estados Unidos hubieran querido imponer su hegemonía en Europa no hubieran actuado de otra forma.

No hacía falta ningún tipo de maquiavelismo para que los Estados Unidos actuaran en 1939 como lo que siempre han sido, una potencia, primero a nivel regional y después a nivel mundial, conforme se acrecentó su poderío económico y militar. Igual lo hicieron Atenas, Roma y cuanto imperio ha habido. Sin embargo, Aron intenta convencer con una argumentación que no resiste el análisis de los hechos: al mencionar la guerra contra México, de 1846, la considera un ejemplo en el que aparecen ya las características de la política exterior americana: “Búsqueda de la legalidad, oscilación entre la voluntad de poder y problemas de conciencia, curiosa combinación de pragmatismo y moralismo.” En apoyo a su tesis cita el mensaje de despedida de Washington, referencia inevitable que se ha tornado lugar común, pero omite otros muchos que manifiestan la voluntad expansionista de las 13 colonias con el fin de crear una potencia continental y, sobre todo, un país seguro con vecinos débiles. Tal es el caso de la comunicación del presidente Jefferson (1802) sobre la presencia francesa en Nueva Orleans, que consideraba intolerable y del documento poco conocido del Congreso de los Estados Unidos de 1811, citado por Antonio Gómez Robledo en su *Etopeya del Monroísmo*.¹⁶ Sin embargo no se trata de citar unos

42

¹⁵ R. Aron, *République Impériale*, p. 27.

¹⁶ El texto dice: “Tomando en consideración la peculiar situación de España y sus provincias americanas y considerando la influencia que el destino del territorio adyacente a la frontera sur de los Estados Unidos pueda tener sobre su seguridad, tranquilidad y comercio, el Senado y la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América agrupados en Congreso resuelven: Los Estados Unidos bajo las peculiares circunstancias de la crisis existente, no pueden, sin seria inquietud, ver cualquier parte de dicho territorio

DE LA UNIPOLARIDAD

documentos contra otros, sino al margen de las intenciones de los actores, atenerse a los resultados.

Para los historiadores de las relaciones internacionales, simplemente se constata, sin juicios de valor, que desde 1803, las guerras en Europa abrieron el camino a la expansión de los Estados Unidos, que a nivel regional se le facilitó por la debilidad del imperio español, primero, y por la de México después.¹⁷ Recientemente Robert Kagan no tiene empacho alguno en reconocer que la joven república “esgrimió su poder contra los pueblos más débiles de América del Norte, pero cuando se trataba de relaciones con los gigantes europeos, decía abjurar del poder”. Los padres fundadores no eran utopistas, añade, sino realistas “que usaron la estrategia del débil para lograr sus objetivos”.¹⁸

pasar a manos de cualquier poder extranjero y una debida consideración hacia su propia seguridad los obliga a procurar, bajo ciertas circunstancias, la ocupación temporal de dicho territorio; al mismo tiempo declaran que dicho territorio quedará en sus manos sujeto a futuras negociaciones.” Antonio Gómez Robledo, *Etopeya del Monroísmo*, 1940, México, JUS, Revista de Derecho y Ciencias Sociales, p. 23. (La portadilla pone como año 1939).

¹⁷ Véase la *Histoire des Relations Internationales*, publiée sous la direction de Pierre Renouvin, París, Librairie Hachette. El primer tomo se publicó en 1953 y el octavo en 1958. La cita es del tomo IV, p. 359, escrito por André Fougier.

¹⁸ Véase Robert Kagan, *Poder y debilidad, Europa y Estados Unidos en el nuevo orden mundial*, 2003, Madrid, Taurus, p. 17-8. En textos antiguos, como el de Samuel Flagg Bemis, profesor de Yale, se afirma: “Estados Unidos adquirió todo el territorio occidental desde el Mississippi hasta el Pacífico sin despojar a ninguna nación **civilizada** y esta afirmación es válida en lo que respecta a la guerra con México” (p. 84). En referencia al problema de Texas sostiene: “Si México hubiera estado dispuesto a vender se hubiera evitado la cuestión de Texas y la guerra que resultó de ella” (p. 86), en *La diplomacia de Estados Unidos en América Latina*, 1944, México, FCE. (La edición en inglés se publicó el año anterior, 1943.) La ingenua brutalidad de este comentario ilustra mejor que los malabarismos intelectuales de R. Aron, la política de poder de la joven república y el sentimiento de los estadounidenses. En los años de 1980 hice una revisión de los princi-

CARLOS ARRIOLA

Finalmente, cabe señalar que Aron insistió en el fin de la hegemonía americana y calificó de anacrónica, en su libro *République impériale*, la tesis de Robert E. Osgood, quien, a mediados de la década de 1960, consideraba un éxito la política de contención del comunismo, por la pérdida de poder de la Unión Soviética en Europa del Este y por el fracaso de los intentos de exportar la Revolución socialista y concluía: “*The United States is now clearly the most powerful State in the world by any criterium; it is the only global power.*”¹⁹ Frente al fracaso de Estados Unidos en Vietnam, Aron le pregunta a Osgood: “¿Sería capaz de sostener esta tesis en 1972?” La misma cuestión podría plantearse en el año 2004 al internacionalista R. Aron. En ambos casos, la pregunta no es pertinente, ya que exige una respuesta que tratara de fijar un proceso por naturaleza cambiante en extremo.

44

La ‘despolitización’ de un tema recurriendo a expresiones nuevas, pero casi siempre vacuas, equivale a tratar de legitimarlo, a presentarlo como ‘objetivamente’ necesario por estar apoyado en un análisis ‘científico’, casi siempre un modelo matemático. Sin embargo, nada de ello prueba que en cuestiones sociales el estudioso tenga que aceptar ciegamente las tesis ‘científicas’, ya que puede y debe otorgar prioridad a otras consideraciones y valores difícilmente cuantificables en un modelo matemático o en una teoría por más racional que sea. Considerar que el hombre no es razón pura permitiría comprender la inutilidad de formular modelos para maximizar beneficios en el amor, el arte o la política.

Podrían citarse libros y más libros que abordan la disputa entre los defensores del carácter ‘científico’ de la política y los partidarios de los ‘estudios’ políticos basados en el conocimiento histórico. El trabajo sería interminable, repetitivo y, en más de un sentido, inútil, ya que la discusión continuará alegremente en simposios, mesas redondas y semipales libros de texto de historia de los Estados Unidos para estudiantes del equivalente a secundaria y en ellos se habla de la expansión hacia el Pacífico, sin que la guerra con México merezca más de algunas líneas, una simple referencia.

¹⁹ *République Impériale*, p. 163.

DE LA UNIPOLARIDAD

narios que se celebrarán en distintos puntos del planeta para solaz de políticos, académicos y otros adictos a este tipo de reuniones. Más vale terminar con la advertencia de un gran poeta, Antonio Machado, en su libro *Juan de Mairena*: “No hay originalidad posible sin un poco de rebeldía contra el pasado... Por eso yo me limito a disuadiros de un esnobismo de papanatas que aguarda la novedad caída del cielo, la cual sería de una abrumadora vejez cósmica.”²⁰

2. De la ‘Unipolaridad’

El neologismo unipolaridad se derivó de un artículo del columnista Charles Krauthamer quien escribió, a propósito de la caída del muro de Berlín, que había llegado ‘el momento unipolar’.²¹ Posteriormente Huntington propuso una definición de unipolaridad en los siguientes términos: “un sistema que implica una superpotencia, ninguna gran potencia y muchas pequeñas”, lo que permitía que Estados Unidos resolviera solo todos los problemas internacionales importantes, sin que ninguna combinación de Estados pudiera impedirselo.²² Esta defi-

²⁰ Véase *Juan de Mairena*, 1982, 3ª, Madrid, Espasa Calpe, Col. Austral, nº 1530, p. 123.

²¹ Krauthamer es considerado un defensor ultraradical de Ariel Sharon y Bush Jr., partidario de la aniquilación del adversario; citado en Pierre Hassner, *La terreur et l'Empire*, 2003, París, Éditions du Seuil, p. 164. La expresión corrió con suerte, al igual que la de “El destino manifiesto” que también se debe a otro periodista, John O’Sullivan, en 1845. Sobre este *slogan*, véase Juan Ortega y Medina, *Destino manifiesto*, 1989, México, Conaculta, p. 142. La primera edición es de 1972, publicada por la Secretaría de Educación Pública.

²² Citado por Pierre Hassner et Justin Vaïsse, *Washington et le monde*, 2003, París, Éditions Autrement, p. 61. Hassner es investigador emérito del Centre d’études et des recherches internationales y profesor en la Fondation nationale de sciences politiques, así como en el centro europeo de la Universidad Johns Hopkins en Boulogne. Vaïsse es historiador e investigador en el Center on the United States and France en la Brookings Institution.

CARLOS ARRIOLA

nición no difiere de la que proporciona el diccionario del término Hegemonía pero, como se indicó, esta expresión choca con la buena conciencia estadounidense que dice abjurar del poder. De ahí la conveniencia de recurrir a un neologismo, aparentemente neutro, para eliminar la referencia al poder y al dominio que ejerce un Estado sobre los otros. Este recurso lingüístico contribuye a mantener viva esa autoimagen de moralidad internacional de los Estados Unidos de la que hablaba Raymond Aron.

46 | No parece de gran utilidad ampliar la discusión acerca de la expresión ‘unipolaridad’. Sí lo es, en cambio, ver la utilización del neologismo por parte de los responsables actuales, o al menos de una buena parte de ellos, de la conducción política de los Estados Unidos en el mundo, como son el vicepresidente Richard Cheney, el secretario de la Defensa Donald Rumsfeld y su subsecretario Paul Wolfowitz. Éstos, conocidos como ‘neoconservadores’ o los *Wilsonians of the right* o los *Jacksonians unilateralists*²³ han logrado imponer su línea al presidente Bush después del 11 de septiembre. Sin embargo no hay que atribuir a este hecho su política exterior, ya que cuatro años antes, junto con otros políticos como Jeb Bush, Elliot Abrams, y académicos como Francis Fukuyama (Johns Hopkins) y Donald Kagan (Yale), crearon, en 1997, el grupo denominado *Project for the New American Century* (NAC). La declaración de principios de este grupo, que preparaba la campaña de Bush, sostenía que la política exterior y la de defensa se encontraban a la deriva por la incoherencia del gobierno de Clinton, por lo que propusieron una nueva visión basada en la supremacía de los Estados Unidos, ya que, según ellos, resultaba inadmisibles eludir las responsabilidades que impone un liderazgo global, así como los costos que implica su ejercicio. Por lo mismo recomendaron aumentar el gasto militar en forma significativa y modernizar las fuerzas armadas; reforzar los vínculos con los países democráticos, aliados, y “cambiar los gobiernos hostiles a los intereses y valores estadounidenses”; promover

²³ Véase el artículo de Nye y el libro de Hassner y Vaïsse para la identificación de los grupos.

DE LA UNIPOLARIDAD

en el extranjero la libertad económica y política, y “aceptar la responsabilidad de Estados Unidos para preservar y ampliar un orden internacional favorable a su seguridad, a su prosperidad y a sus valores y principios”.²⁴

Posteriormente, el mismo grupo encargó a uno de sus miembros, Thomas Donelly, la elaboración del documento *Rebuilding America's Defenses, Strategy, Forces and Resources for a New Century*, publicado en el año 2000 con motivo de las elecciones.²⁵ Este documento de 76 páginas formula un diagnóstico, fija objetivos y estrategias y establece líneas de acción muy concretas para el ejército, la marina y la fuerza aérea. Para los fines de este trabajo, se prescindirá de las recomendaciones concretas acerca del tipo de armamentos necesarios incluidos en las líneas de acción, con objeto de concentrar la atención en el tema de la unipolaridad.

La premisa del trabajo es que desde el final de la Guerra fría, los Estados Unidos carecen de un marco estratégico para garantizar su seguridad nacional y establecer su política militar, a pesar de las revisiones realizadas por el Pentágono (mayo 1997) y el National Defense Panel (diciembre de ese mismo año), ya que éstos se preocuparon más por los problemas presupuestales y burocráticos. De ahí que el New American Century (NAC) se proponga llenar este vacío.

El diagnóstico se basa en la siguiente afirmación: Después de las victorias del siglo XX (las dos Guerras mundiales, la Guerra fría y la del Golfo, no se menciona Vietnam) los Estados Unidos resultaron la única superpotencia, “líder de una coalición de Estados libres y poderosos”, sin enfrentar, en lo inmediato, el surgimiento de otra gran potencia. Vivimos, dicen los autores, la *Pax Americana* que ha creado un marco

²⁴ Véase <http://www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm>.

²⁵ El texto se encuentra en la dirección electrónica antes citada. En el Anexo I de este trabajo se incluye la lista de colaboradores entre los que destacan Donald Kagan (Yale), Steve Rosen (Harvard), Elliot Cohen y Paul Wolfowitz (en ese momento, ambos colaboraban en la Johns Hopkins University) y otros más de la Rand Corporation, Gama Corporation y funcionarios de la Secretaría de la Defensa, entre otros.

CARLOS ARRIOLA

geopolítico para un crecimiento económico generalizado y una difusión de “los principios americanos de libertad y democracia”.

Sin embargo, añade el documento, la *Pax Americana* no se mantendrá por sí sola y paradójicamente cuando los Estados Unidos se encuentran en el apogeo de su poderío, gracias a su supremacía militar y a su liderazgo tecnológico, así como al tamaño de su economía y a sus alianzas militares regionales, sus fuerzas armadas se han debilitado y son incapaces de satisfacer las exigencias de un liderazgo mundial.²⁶

La caída de la Unión Soviética, continúa el texto, y el consecuente vacío de poder, ha extendido “lenta pero inexorablemente, el **perímetro** de la seguridad norteamericana”, lo que exigirá contar con una red más amplia de bases en el extranjero y una mayor vigilancia en los mares. Además, hacen falta tropas capaces de realizar grandes maniobras para alcanzar “objetivos políticos duraderos, ya que es difícil cambiar de regímenes políticos, únicamente con medidas punitivas”. Sólo así podrá el gobierno lograr sus fines políticos, pues “la fuerza es el instrumento decisivo de la democracia”.

48

Para concluir, el diagnóstico considera que resulta inaplazable contar con un marco conceptual que incluya como elemento central el carácter ‘unipolar’ del mundo actual y el liderazgo de los Estados

²⁶ Entre las debilidades mencionadas se incluyen las siguientes: reducción del número de efectivos; obsolescencia de la infraestructura militar y desaprovechamiento de las innovaciones tecnológicas, entre otras; dificultades para reclutar y retener a los jóvenes en las fuerzas armadas por la degradación de su nivel de vida. Para el internacionalista Pierre Hassner, estas dificultades tienen otro origen: acostumbrados a una vida pacífica y confortable, es difícil pedir a los estadounidenses que arriesguen su vida y estén dispuestos a matar en nombre de los derechos del hombre, del orden internacional o de la solidaridad humanitaria. Véase P. Hassner, *La terreur et l'Empire*, p. 390. Stanley Hoffmann, profesor de Harvard, también habla del decaimiento del espíritu cívico que no es de extrañar debido al éxito de las campañas contra el Estado y las responsabilidades públicas que han conducido a ‘la generalización del cinismo’. Véase *L'Amérique vraiment impériale?*, 2003, París, Éditions Louis Audibert, p. 169.

DE LA UNIPOLARIDAD

Unidos, responsable de la *Pax Americana* que debe preservarse tanto como sea posible.

Los principales objetivos incluidos en el texto son los siguientes:

- 1. Mantener la seguridad del territorio de los Estados Unidos.
- 2. Preservar el equilibrio de poder existente en Europa y Asia favorable a los Estados Unidos, así como en Medio Oriente y en las regiones vecinas, productoras de energía. (África y América Latina no son mencionadas).
- 3. Mantener la estabilidad del sistema internacional, en particular frente a las amenazas del terrorismo, el crimen organizado y de otros actores no gubernamentales.

Algunas de las estrategias recomendadas son:

- 1. Expandir las zonas de ‘paz democrática’.
- 2. Evitar el surgimiento de otra superpotencia que rivalice con los Estados Unidos.
- 3. Compromiso firme con los países de las regiones claves (Europa, Medio Oriente y Asia), ya que cualquier duda al respecto estimulará a los enemigos de la *Pax Americana* a buscar una hegemonía regional.
- 4. Preservar la supremacía norteamericana en las nuevas tecnologías militares.

49

Estas cuatro estrategias requieren

- 1. La reorganización de las fuerzas nucleares para contrarrestar la proliferación de misiles y otras armas de destrucción masiva y, así, disuadir a los Estados que las poseen de atacar a los aliados de los Estados Unidos o el territorio norteamericano.
- 2. Contar con fuerzas suficientes para desplazarlas a cualquier punto y poder ganar simultáneamente ‘múltiples’ guerras de gran escala, ya que el postulado anterior, acerca de la capaci-

CARLOS ARRIOLA

dad para emprender ‘dos guerras’ simultáneamente, hoy resulta insuficiente.

3. Tareas policiales para mantener la paz en cualquier parte. Éstas serán las más frecuentes en el futuro, por lo que el Pentágono debe contar con fuerzas suficientes, capacitadas tanto para combatir como para mantener la paz y el orden en un país, lo que les exigirá una preparación doble que incluya el conocimiento de otro idioma. Para los autores del documento, estas tareas policiales deben ser más amplias que las desarrolladas tradicionalmente por las fuerzas de paz de Naciones Unidas, ya que ante la magnitud de sus intereses globales y de su poderío, no pueden permanecer neutrales o indiferentes ante los acontecimientos políticos de un país, tal y como lo hacen las fuerzas de paz.
4. El Pentágono debe aprovechar cabalmente las nuevas tecnologías que han hecho posible ‘la revolución de los asuntos militares’. Para ello, es fundamental desarrollar un nuevo sistema de misiles, en particular los que son operados en el espacio extraterrestre. Este sistema debe ser el fundamento para el ejercicio del poder norteamericano.

50

Estos cuatro elementos estratégicos deben ser entendidos y desarrollados en forma separada, sin excluir su utilización simultánea en un momento dado, con objeto de mantener y defender ‘los intereses y los ideales’ de los Estados Unidos. De lo contrario, la *Pax Americana* terminará más pronto de lo deseable.

La conclusión a que llegan los autores del documento es muy clara: hay que asumir claramente las responsabilidades que impone la unipolaridad, ya que el liderazgo global hay que mantenerlo, no sólo ejercerlo cuando se está de humor o cuando se vean amenazados los intereses norteamericanos. Para ello y para preservar la *Pax Americana* se ha diseñado ‘una política de fuerza’, capaz de mantener el *knockout punch*, ya que será la única forma en que el gobierno de los

DE LA UNIPOLARIDAD

Estados Unidos podrá atender los compromisos que le impone su condición de superpotencia única.

El triunfo de George Bush en las elecciones del 2000, los puestos que obtuvieron los miembros del NAC y los acontecimientos del 11 de septiembre del 2001 dieron fuerza a los partidarios de esta concepción del poderío de los Estados Unidos y del papel que deben desempeñar en el mundo. El documento *National Strategy for Combating Terrorism* refuerza los argumentos mencionados a favor de la hegemonía estadounidense y considera que el ataque fue ‘un acto de guerra’ contra los Estados Unidos y sus aliados, pero, sobre todo, contra ‘la idea misma de sociedad civilizada’, por lo cual los norteamericanos no deben olvidar jamás que están luchando para defender *our fundamental democratic values and way of life*.²⁷

La estrategia propuesta incluye cuatro metas y varios objetivos. Las primeras son: a) derrotar al terrorismo y destruir sus organizaciones con el ‘uso directo o indirecto’ de todos los medios de que dispone el poder, sean diplomáticos, económicos o militares; b) suprimir cualquier patrocinio, apoyo o refugio a los terroristas, por lo cual cualquier país que los acoja será responsable de sus actos. Los Estados Unidos con sus aliados “o si es necesario actuando en forma independiente”, tomará las medidas que considere pertinentes para ‘convencer’ a dichos países de cambiar sus políticas hacia los terroristas; c) disminuir las condiciones de pobreza y marginación, reales o ficticias, así como resolver los problemas políticos y las disputas regionales que los terroristas buscan explotar en su provecho. Para ello, los Estados Unidos promoverán el desarrollo económico con base en la libertad de mercado, los valores democráticos y la vigencia del orden jurídico, para así ganar ‘la guerra de las ideas’, deslegitimando al terrorismo, y d) defender a los ciudadanos norteamericanos y sus intereses tanto en casa como en el extranjero, lo que requiere la cooperación de los tres niveles, de gobierno, del sector privado y del pueblo americano, ya que, conside-

51

²⁷ US Department of State’s Office. International Information Programs. Usinfo. State.gov/topical/pol/terror/strategy.

CARLOS ARRIOLA

ran los autores del texto, “una sociedad libre, abierta, y democrática” es vulnerable a los ataques terroristas, por lo que debe tejerse una amplia red de protección para asegurar una defensa global.²⁸

Huelgan los comentarios a esta serie de documentos claros, sencillos y directos que se refieren, sin ambages, a la hegemonía estadounidense en el mundo, y que no requiere de neologismo alguno para justificar “un poder que se nos entregaba”, como escribió Tucídides. Puede objetarse, y con razón, que las opiniones del grupo NAC no son las únicas responsables de la política exterior de los Estados Unidos, y el lector interesado en otros puntos de vista puede consultar el trabajo preparado por los especialistas Hassner y Vaïsse citado anteriormente. Sin embargo, los textos del equipo NAC incluidos en este artículo se escogieron para ilustrar lo que entiende por unipolaridad el grupo con mayor influencia en el gobierno de George W. Bush.

Existe otra concepción de la unipolaridad que se distingue, básicamente, por las condiciones de su ejercicio, que es explicada tanto por la ex secretaria de Estado Madeleine K. Albright como por el eminente investigador de la Universidad de Harvard, Stanley Hoffmann.

52

En un artículo publicado en *Foreign Affairs* (septiembre-octubre de 2003) Madeleine Albright reconoce que la declaración de guerra al terrorismo fue bien recibida por la comunidad internacional, pero considera que, al endurecer el tono de su discurso, el gobierno de Bush complicó innecesariamente las cosas y perdió legitimidad, al incluir, en un mismo ‘paquete’, la lucha contra Al-Qaeda, la invasión de Irak y la doctrina de la guerra preventiva. Además, arrogarse el derecho de adoptar unilateralmente, al margen del orden jurídico, las medidas necesarias para enfrentar cualquier amenaza, sin tomar en consideración la opinión de los aliados, fue otro error. Tal fue el caso de la actitud hacia Hans Blix y Naciones Unidas con la invasión a Irak. Para Albright esto constituyó una *ruptura* con la política exterior seguida por los Estados Unidos en los últimos 50 años, por lo que, en su opinión, Bush inició una época en la que la unión americana dictaría y

²⁸ *Idem*, p. 15-25.

DE LA UNIPOLARIDAD

aplicaría las nuevas reglas del juego. Además, considera que la guerra en Irak era 'justificable' pero no indispensable, ya que en el corto plazo Saddam Hussein no constituía una amenaza seria. La invasión fue, en su opinión, una demostración innecesaria del poderío militar americano, y antes de invadir Irak había que 'haber terminado el trabajo' en Afganistán, el *Nation building*.²⁹

Con respecto a los europeos, Albright considera ridícula la tesis de las dos visiones del mundo, formulada por el canciller francés Dominique de Villepin: la unipolar de Washington a la que se opondría la multipolar, en la que el poderío estadounidense estaría limitado por otras potencias, como la unión europea. Sin embargo, estima que se debe intentar superar las divisiones y buscar el apoyo europeo que resultó útil en Afganistán. Los europeos, añade, deben ser tratados como adultos y Washington no debe olvidar la diferencia que existe entre países aliados y países 'satélites'.

Finalmente, la ex Secretaria de Estado señala que sus críticas al camino seguido por Bush no invalidan sus intenciones para crear una democracia 'verdadera y estable' en Irak; acabar con Al-Qaeda y el terrorismo, en particular contra Israel; detener las ambiciones nucleares de Irán, y avanzar en el establecimiento de gobiernos confiables en el mundo árabe. A Bush, concluye, habrá que juzgarlo por los resultados que logre en alcanzar estos objetivos y por lo mismo hay que darle tiempo. Naturalmente, la señora Albright no se priva, en su texto, de recordar los esfuerzos realizados por Clinton y señala una diferencia: para el anterior gobierno la política internacional era una tarea de equipo (con otros países) y no un esfuerzo aislado de los Estados Unidos. De ahí que recomiende olvidar la doctrina de la guerra preventiva y la ostentación militar, para apostar por la acción coercitiva junto con Europa y, así, presionar eficazmente para un cambio democrático aunque paulatino en Medio Oriente. Con ello, se sumarán recursos, se distribuirán los costos y, sobre todo, se ganará legitimidad.

²⁹ Este tema se tocará posteriormente, ya que según algunos autores los Estados Unidos carecen de paciencia y voluntad para reconstruir lo que primero destruyeron.

CARLOS ARRIOLA

Desde la academia, Stanley Hoffmann retoma algunas de las críticas de Albright, como la tesis de la ruptura del gobierno de Bush Jr. con los principios y prácticas corrientes de la política exterior de los Estados Unidos que se desarrollaron durante el período de la Guerra fría ya que, en su opinión, la lucha contra el comunismo se llevó a cabo “en el marco de instituciones internacionales democráticas”.³⁰ Hoy, en cambio, la política exterior norteamericana parece apoyarse casi únicamente en su poderío militar, a fin de mantenerse como única superpotencia y actuar como tal. También coincide con la ex Secretaria de Estado en la crítica a la forma de tratar a los países europeos aliados y rechaza la teoría de la guerra preventiva, al igual que la pretensión de establecer, unilateralmente, las nuevas reglas del juego.

Hoffmann va más allá de las críticas de Albright y aborda directamente el problema del poder y las condiciones de su ejercicio: “en un mundo militarmente unipolar, escribe, la acción de la potencia dominante debe autolimitarse y someterse a la autoridad, discutible pero reconocida, de la ONU ya que el respeto a las normas, al derecho y a las instituciones internacionales, aunque limiten el uso de la fuerza militar, pueden aumentar el poder real de un país fuerte”.³¹

54 | Para este autor, la unilateralidad plantea a los Estados Unidos el dilema siguiente: mantener la política exterior en el marco de los acuerdos existentes, “a fin de disminuir las resistencias al dominio americano”, o bien “tomar la forma de un imperio fundado en la fuerza militar, justificado por un discurso dizque liberador, pero poco convincente”.³²

Hoffmann difiere de Albright en cuanto a las perspectivas y es francamente pesimista por el predominio, en el Partido Republicano, de un grupo al que califica no de conservador, sino de ‘radical, utopista e imperialista’ en política exterior y de ‘reaccionario y antiliberal’ en política interna. Su opinión obedece a que las bases del poder de este grupo está constituido por cristianos de extrema derecha, admiradores

³⁰ Stanley Hoffmann, *op. cit.*, p. 36.

³¹ *Idem*, p. 141-6.

³² *Ibid.*, p. 168.

DE LA UNIPOLARIDAD

de Ariel Sharon; por los medios masivos de comunicación más populares, y cuenta, además, con el apoyo de grupos financieros importantes.

Un motivo adicional de pesimismo lo encuentra en la decadencia del espíritu cívico de los norteamericanos y la indiferencia hacia la política, resultado de las exitosas campañas contra el Estado. Igualmente considera que se ha generalizado una actitud cínica hacia la vida pública que se ha traducido en la abstención electoral y en el dominio del Congreso por los ‘lobbistas’ que representan a los grandes intereses privados. Más peligrosa considera la pasividad de los estadounidenses ante la limitación de las libertades públicas (*The Patriot Act*), debida al miedo al terrorismo que es alimentado por el propio gobierno. Todas estas circunstancias le hacen temer el surgimiento de un ‘neomacartismo’ y el deslizamiento de una democracia liberal, aun con sus imperfecciones, hacia un ‘autoritarismo populista’, en el que encontraría apoyo la concepción unipolar del NAC.³³

Los dos autores citados nacieron en Europa y escaparon del nazismo. Saben a donde conducen las políticas de poder, tanto por su origen como por sus conocimientos históricos, ya que ambos han sido docentes. De ahí la legítima preocupación por el rumbo tomado por el gobierno de Bush Jr. Sin embargo, la tesis de la ‘ruptura’ de la política exterior de Bush Jr. sólo es válida en relación con los europeos.

Desde una perspectiva latinoamericana, y particularmente mexicana, aparece más una continuidad en el comportamiento hegemónico de los Estados Unidos que una ruptura, sólo que esta conducta ahora se extendió a los países europeos que perdieron su *status* de grandes potencias, y tal es la opinión de Robert Kagan en su libro citado, en el que domina un tono de cinismo e insolencia:

El ataque del 11 de septiembre aceleró, pero no alteró en lo fundamental un curso en el que los Estados Unidos ya estaban inmersos. Desde luego no alteró las actitudes estadounidenses hacia el poder; no hizo sino reforzarlas... Aunque Al Gore

³³ *Ibid.*, p. 168 s.

CARLOS ARRIOLA

hubiera resultado elegido, aunque no se hubiera producido el ataque terrorista del 11 de septiembre, estos programas, orientados de lleno al Eje del Mal de Bush, estarían en marcha de todos modos, ya que los estadounidenses estaban aumentando y no disminuyendo su poderío militar.³⁴

Con respecto a los europeos, escribe:

La situación actual es rica en paradojas: el rechazo europeo a las políticas de poder y su visión negativa de la fuerza militar como instrumento de las relaciones internacionales ha dependido de la presencia militar de Estados Unidos sobre su suelo. El nuevo orden kantiano de Europa sólo podía prosperar bajo el paraguas del poder norteamericano, ejercido según las reglas del viejo orden hobbesiano... En el colmo de las ironías, el hecho de que el poder militar de los Estados Unidos haya solucionado el problema europeo, especialmente ‘el problema alemán’ permite a los europeos, en particular a los alemanes, creer que el poderío estadounidense es obsoleto y peligroso, como peligrosa es la cultura estratégica que lo ha creado y sostenido.³⁵

56

De ahí que:

La tarea, tanto para europeos como para estadounidenses, consiste en adaptarse a la nueva realidad de la hegemonía de los Estados Unidos. Y es posible, como sostienen los psiquiatras, que el primer paso para resolver un problema es reconocer su existencia y comprenderlo.³⁶

Para Kagan, los Estados Unidos son una ‘nación indispensable’ y por lo mismo no le preocupa el problema de la legitimación:

³⁴ Robert Kagan, *op. cit.*, p. 138 s.

³⁵ *Idem*, p. 112.

³⁶ *Ibid.*, p. 147.

DE LA UNIPOLARIDAD

Los estadounidenses buscan defender y crear un orden internacional de corte liberal. Pero el único orden estable y satisfactorio que pueden imaginar es aquel que tenga como centro su país. Tampoco pueden concebir un orden internacional que no se defienda por la fuerza de Estados Unidos. Si esto es arrogancia, al menos no es arrogancia de nuevo cuño.³⁷

Todas las interpretaciones de la unipolaridad, sean las formuladas por los ‘ultras’ o por los *liberals*, por los políticos o por los intelectuales, desembocan en el problema del poder, entendido como la capacidad de alguien para imponer su voluntad a otro u otros, lo que amerita dedicarle unas líneas. En el ámbito internacional, es la capacidad de un Estado “de modificar la voluntad de individuos, grupos o Estados extranjeros”.³⁸

El problema del poder es eterno, “sea que se labre la tierra con un arado o con un tractor” (R. Aron). Por ello, ha merecido la mayor atención de filósofos, literatos y otros estudiosos que se han abocado a él para denigrarlo; los más simples, y los más sutiles o más profundos, para analizar su naturaleza, su necesidad, y las tensiones que aparece para el que lo ejercita. El poder, al ser un fenómeno específicamente humano, está regido por la libertad. El poder sólo adquiere sentido por la decisión de quien lo utiliza, o sea por el hombre que toma conciencia de él, decide al respecto, lo transforma en acto y asume la responsabilidad. Cuando el hombre de poder no lo ejerce, “se produce una mezcla de hábitos, de impulsiones incoherentes, de agitación irreflexiva, un caos en suma”. Las líneas anteriores no las escribió

57

³⁷ *Ibid.*, p. 142-3. En el número de *Foreign Affairs* (marzo-abril del 2004), Kagan publicó “America’s Crisis of Legitimacy” en el que sin abandonar las polémicas tesis de su libro, acepta la necesidad de contar con el apoyo europeo para legitimar ante los estadounidenses la política exterior preconizada por Bush, siempre y cuando la posición de los Estados Unidos no se debilite.

³⁸ J. B. Duroselle, *op. cit.*, p. 381.

CARLOS ARRIOLA

ningún hombre de Estado, ni un realista como Maquiavelo, sino un gran teólogo católico, Romano Guardini.³⁹

Nunca se insistirá suficientemente en la distinción entre la ética de la convicción y la de la responsabilidad, señalada por Max Weber, porque esta última, la del hombre de Estado, “toma en consideración todas las fallas del hombre medio” y que para alcanzar fines buenos “...haya que recurrir, en muchos casos, a medios moralmente dudosos o por lo menos arriesgados...” Weber también señalaba que “ninguna ética en el mundo es capaz de precisar, ni de resolver tampoco en qué momento y hasta qué punto los medios y las consecuencias laterales, moralmente arriesgadas, quedan santificadas por el fin moralmente bueno”. De ahí que recomiende: “Quien busque la salvación de su alma y la redención de las ajenas no la encontrará en los caminos de la política, cuyas metas son distintas y cuyos éxitos sólo pueden ser alcanzados por medio de la fuerza.” Más aún, para Weber “sólo hay dos pecados mortales en el campo de la política: la carencia de finalidades objetivas y la falta de responsabilidad”, que a menudo coinciden y tienen como origen la vanidad, la ambición de aparecer siempre en primer plano.⁴⁰

58

Esta naturaleza ‘anfibia’ del poder ha sido analizada y descrita sobradamente, lo cual no suprime su irremediable necesidad, como ‘potencia organizadora de la vida social’, ya que las sociedades son ‘miedosas’ y temen más a la anarquía o a la indefensión que a la autoridad y sus excesos.⁴¹

Finalmente, cabe señalar otra característica del poder, al parecer también ineluctable: su tendencia a acrecentarse, a desarrollarse a la manera de un cáncer que acaba por destruir la sede misma del poder.

³⁹ Romano Guardini, *El poder*, 1959, Buenos Aires, Troquel, p. 13-22.

⁴⁰ Max Weber, *El político y el científico*, 1985, 5ª, México, Premiá, p. 47 s.

⁴¹ Véase Georges Burdeau, *op. cit.*, p. 102. Este autor destaca que Alain fue el primero en señalar que las instituciones políticas son hijas de la noche, porque ésta es el reino del miedo, y añade: si el poder intimida es porque también nació del miedo.

DE LA UNIPOLARIDAD

No otro es el tema del libro *Du Pouvoir* de Bertrand de Jouvenel en el que examina las formas en el que el poder ha crecido a lo largo de la historia, “cambiando de aspecto pero no de naturaleza”, como las revoluciones que “liquidan la debilidad de un gobierno y alumbran la fuerza”.⁴²

Estas tres características del poder, su naturaleza anfibia, su necesidad y su tendencia a acrecentarse, han llevado a la afirmación popular que reza: El poder sólo entiende el lenguaje de la fuerza. De ahí que los hombres para contenerlo, hayan determinado, en el ámbito de la política interna, la división de poderes, pero en el ámbito mundial, por sus características mencionadas anteriormente, sólo la existencia de otro poder o de varios poderes impide la desmesura. El historiador de la *Raison d'État*, Friederich Meinecke, escribió al respecto:

Medios de poder escasos encierran tanto peligro para la vida de los Estados, como medios de poder excesivos, sobre todo cuando éstos se concentran en un solo punto y no encuentran el contrapeso suficiente para establecer un equilibrio que mantenga a las fuerzas en presencia en una sana tensión y dentro de

59

⁴² Bertrand de Jouvenel, *Du Pouvoir* (1945), 1972, París, Hachette, Collection Pluriel, p. 347 s. El autor se considera un liberal y fue profesor en Oxford, Cambridge, Yale, Chicago, Berkeley, y en Francia en la Facultad de Derecho, además de haber participado en varias comisiones de Naciones Unidas y en el *Institute for the Future*, de los Estados Unidos. El libro se publicó antes del auge del neoliberalismo, pero una de las mejores críticas a este paradigma de sociedad se encuentra en él. Lamento, escribe de Jouvenel, destruir la imagen liberal del poder, ya que no responde a la realidad de ningún tiempo ni país. Buscar que el Estado no intervenga en la economía, erigir al interés en el principio organizador de la sociedad equivale a propagar el desorden. El liberalismo intenta desconocer el papel de los poderes sociales intermedios (partidos, sindicatos, cooperativas) que ‘enmarcan, protegen y orientan’ la acción de los hombres frente al poder, y deja al individuo solo frente al Estado, con lo cual se abre el camino a la tiranía (p. 580 s.)

CARLOS ARRIOLA

límites razonables. Todo Estado poderoso debería desear que junto a él existieran también otros Estados poderosos a fin de que así cada uno tuviera que mantenerse dentro de ciertos límites, viéndose obligados también a no rebasar un cierto nivel de fuerza.⁴³

3. Algunas implicaciones de la unipolaridad

La última década del siglo XX también fue la primera de la unipolaridad, y básicamente se identifica con el período de gobierno del presidente Clinton. Éste, calificado de *liberal* y tolerante, llegó a la Presidencia más preocupado por la economía, la seguridad social y por el bienestar estadounidense, que por una política exterior que afirmara la supremacía político-militar del país. La política exterior que elaboró su consejero Anthony Lake tenía como objetivo ‘ampliar’ la zona de paz, democracia y prosperidad, lo que a su vez estabilizaría el orden internacional. Esta ‘ampliación’ aparejó, sin embargo, una intervención discreta, y en ocasiones no tanto, en los asuntos económicos internos de otros países, principalmente en los de Europa del Este y, naturalmente, en los del Hemisferio Sur, política que según Pierre Hassner fue ‘notablemente eficaz’.⁴⁴

Anthony Lake calificó su doctrina de *neo-wilsonian-pragmatic* y para Hassner se trataba de ‘orientar y dirigir’ el proceso de globalización desde una perspectiva multilateral. Así, “los intereses de Estados Unidos,

⁴³ Friederich Meinecke, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, 1983, 1ª r., Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, p. 143. El estudio preliminar de Luis Diez del Corral amerita mencionarse. La primera edición en español es de 1952 y la alemana de 1924.

⁴⁴ Pierre Hassner, *La terreur et l'Empire*, p. 190 s. Fue la época de Yeltzin, en Rusia, de Menem, en Argentina, y de Zedillo, en México, quien ha recibido varios elogios públicos de Clinton, el último en Davos, en enero de 2004, por haber ‘democratizado’ México, al favorecer la derrota del Partido Revolucionario Institucional en el año 2000.

DE LA UNIPOLARIDAD

como primera potencia mundial capitalista y democrática, se identificaban con el progreso del liberalismo y el avance de la tolerancia entre razas y culturas, o sea la proyección a nivel mundial del paradigma norteamericano”.⁴⁵

Por contraste, la política exterior de Bush ha puesto el énfasis en una política más agresiva, nacionalista e imperial, tal y como se desprende de los documentos analizados en el apartado anterior. El apologista de esta política, Robert Kagan, reconoce que el joven Bush llegó a la Presidencia con ganas de ‘gresca’ y con antipatía por los europeos. Más aún, señala que “los impulsos pragmático-nacionalistas heredados del Congreso republicano de los noventa le hicieron parecer ansioso de ridiculizar las opiniones de gran parte del mundo”.⁴⁶

A lo anterior hay que añadir el lado mesiánico de Bush señalado frecuentemente. Desde inicios de 2003, Rafael Segovia escribió: “El tejano salvado por haber encontrado, después de años de alcoholismo e ignorancia, su camino a Damasco y después de haber charlado con el ángel que le señaló la ruta a seguir, se siente el elegido, el mensajero reclamado por la Providencia.” Un año después, Arthur Schlesinger Jr. abundó en el tema: “Bush, el joven, tiene un lado mesiánico. Piensa en grande y quiere dejar su marca en la historia. Cuatro horas de entrevista sobre la guerra de Irak dejaron en el periodista Bob Woodward la impresión de que Bush caracterizaba su misión y la del país como parte de la gran visión del plan maestro de Dios.”⁴⁷

Si bien es cierto que las diferencias de actitud, talento y habilidad del Jefe de Estado y de su gobierno son de la mayor importancia en el desarrollo de una política, particularmente en términos de legitimación del poder y, por ende, de mayor aceptación del dominio, también es cierto que, al margen de las personas, existen tendencias, factores

61

⁴⁵ *Idem*, p. 192.

⁴⁶ Robert Kagan, *op. cit.*, p. 154.

⁴⁷ Véase *Reforma* del 4 de marzo de 2003 para la opinión de Segovia, y para la de Schlesinger el artículo publicado en *Los Angeles Times* y reproducido por *El Universal* del 26 de enero de 2004.

CARLOS ARRIOLA

‘estructurales’ o simplemente ciertas ‘regularidades’, como las califica Duroselle en el capítulo “La vida de los imperios”, de su obra citada anteriormente. Una de estas regularidades, quizá la más importante, y que se deriva de la conjunción del poderío económico y militar, es la tendencia a reorganizar el mundo conforme a sus intereses o, al menos, a crear un ambiente favorable a los mismos. Es, en otras palabras, un proyecto de orden mundial con objeto de garantizar la seguridad física del territorio, el bienestar de sus habitantes y los intercambios económicos con otros países, ya que incluso un país con los recursos, el tamaño y las capacidades de los Estados Unidos forma parte de un sistema más vasto y complejo.

62

La segunda ‘regularidad’ que se plantea a los imperios es el problema de la seguridad, que se vuelve más agudo con el crecimiento del poderío; es el viejo dilema ateniense entre la búsqueda de la seguridad absoluta o relativa. La opción que se tome influirá de manera importante en la conducta del gobierno, tanto en el ámbito interno como en la política internacional, incluyendo los objetivos de la acción militar, como son los de la guerra total que conduce a la exterminación del enemigo o sólo a su contención o inmovilización. Aunque la seguridad absoluta es imposible de alcanzar, el solo hecho de optar por ella conducirá al gobierno a tomar las medidas que considere necesarias al margen de cualquier orden jurídico, tanto en el ámbito interno como en el externo, como fue el caso de la *Patriot Act* y el de la guerra preventiva.

Un tercer rasgo común a los imperios es la convicción de obrar bien: “No hay un ejemplo, a lo largo de la historia, en que el pueblo dominante no haya atribuido el triunfo de sus armas a la virtud.”⁴⁸ Quizá el primer ejemplo sea el de la oración fúnebre pronunciada por Pericles: “Tenemos un régimen político que no emula las leyes de otros pueblos, y más que imitadores de los demás *somos un modelo a*

⁴⁸ Raymond Aron, “Naciones e Imperios”, en *Dimensiones de la conciencia histórica*, p. 224.

DE LA UNIPOLARIDAD

seguir. Su nombre, debido a que el gobierno no depende de unos pocos, sino de la mayoría, es democracia.”⁴⁹

Esta convicción responde no sólo a la necesidad de legitimar el poder alcanzado, sino también al carácter industrial de un pueblo y a la existencia de sentimientos mesiánicos en su cultura política. Para convencer a los espartanos de luchar contra los atenienses, los corintios argumentaban: “son innovadores y resueltos en la concepción y ejecución de sus proyectos [ya que] se afanan durante toda la vida y disfrutan muy poco de lo que tienen, debido a que siempre siguen adquiriendo”.⁵⁰ *Toute proportion gardée* algo similar puede decirse de los estadounidenses que, además, se consideran un pueblo elegido, con un ‘destino manifiesto’, modelo de la humanidad a la que le deben imponer sus reglas de conducta, sin que ellos tengan que someterse a las mismas, pues ellos son diferentes, ‘excepcionales’.⁵¹ El maniqueísmo de Reagan y de Bush responde a un viejo y arraigado mesianismo, actualizado por los *born again* que según algunos comentaristas suman cerca de 70 millones, particularmente en los estados del sur, el *Bible Belt*, con predicadores como Jerry Falwell o Pat Robertson que, con un lenguaje ordinario, se refieren a Mahoma como a un criminal.⁵²

No es de extrañar, por consiguiente, que el ataque del 11 de septiembre haya producido un *shock* profundo en el ‘pueblo elegido’, ante todo por haber vulnerado la ‘isla continente’ que se consideraba a salvo

63

⁴⁹ Tucídides, II, 37. Más adelante declara: Atenas es ‘una escuela de Grecia’. Aunque el mismo Tucídides señala que los discursos incluidos no son una cita literal, existen pruebas, en las pocas inscripciones en estelas, de que se ciñó lo más posible al texto original. Véase Henri Effenterre, *L'Histoire en Grèce*, 2ª edición, París, Armand Colin, p. 144. Para los romanos el imperio fue una recompensa de los dioses a su virtud. Véase Pierre Grimal, *L'Empire Romain*, 1993, París, Éditions de Fallois, Collection References, Le Livre de Poche, p. 185.

⁵⁰ Tucídides, I, 70.

⁵¹ Véase P. Hassner, *La terreur et l'Empire*, op. cit., p. 167 s.

⁵² Véase el artículo de Henri Tinc, “El choque de dos fundamentalismos”, *Le Monde*, “Dossiers et Documents”, n° 322, julio-agosto de 2003.

CARLOS ARRIOLA

de amenazas externas y haya provocado también una indignación moral por lo que consideraron un acto de ‘hostilidad gratuita’, de una parte del mundo, y por una solidaridad insuficiente, de la otra, acompañada de una *Schadenfreude* por el castigo impuesto a la orgullosa superpotencia.⁵³ Si a lo anterior se suman las medidas de seguridad que parecen adoptarse más para cultivar un clima de inseguridad que legitime la política de Bush, que para responder a reales amenazas, es comprensible la reafirmación del maniqueísmo que divide al mundo exterior, desconocido para la mayoría de los estadounidenses, entre buenos y malos. La simplonería del discurso de Bush y el lenguaje agresivo del informe a la nación de enero de 2004 encuentra su correlato en la cultura política de un buen número de norteamericanos y respondió no sólo a la campaña electoral en ciernes, sino a la necesidad de legitimar su política, de reafirmar que se lucha del lado de las fuerzas del bien.

64

Al lado de estas tres ‘regularidades’ de los imperios, hay que ver las particularidades de la hegemonía norteamericana. Por su origen colonial, los Estados Unidos asumieron una actitud ‘antiimperialista’ frente a las grandes potencias europeas hasta que se completó el proceso de descolonización posterior a la segunda Guerra mundial. A diferencia de los imperios coloniales, la expansión económica norteamericana se basó en la presencia de sus empresas apoyada cuando fue necesario

⁵³ “Sentirse víctima inocente, incomprendida y amenazada y, al mismo tiempo, dueña de un poder y de una capacidad de destrucción” es una peligrosa combinación que puede conducir a excesos. Por lo pronto, esta mezcla de sentimientos ha hecho ‘impermeable’ a gran parte de los estadounidenses a las críticas amistosas, tanto internas como provenientes de otros países, de la política internacional de Bush. Pierre Hassner, *op. cit.*, p. 163 y 386. *Schadenfreude* significa regocijo por el mal ajeno. Los atenienses supieron racionalizar su hegemonía al margen del maniqueísmo: “Son dignos de elogio quienes aun obedeciendo a la humana naturaleza de dominar sobre otros, son más justos de lo que corresponde al poder que está en sus manos. En todo caso, creemos que si otros ocuparan nuestro sitio, harían ver perfectamente lo moderado que somos. Sin embargo, por esa misma moderación nos han tocado, contra toda razón, más críticas que elogios.” Tucídides, I, 76.

DE LA UNIPOLARIDAD

por los *marines*. Gracias a ello, “El imperio sin fronteras” como lo denominó el periodista de *Le Monde*, Claude Julien, maximizó sus beneficios y no incurrió en los costos que implicaba una administración colonial como la europea, que se vio obligada a prestar, aunque fuera en forma limitada, algunos servicios, principalmente en los ámbitos de la educación, la salud y la vivienda.

Esta diferencia les dificulta el contacto con las poblaciones locales, el conocimiento de las culturas del país y, por consiguiente, de las formas de relacionarse con sus habitantes. Esta falta de interés, cuando no desprecio por los autóctonos, también los privó de centros o institutos especializados en el mundo árabe, por mencionar un ejemplo a la vista, sin que falten hoy buenos académicos que surgieron más como una derivación o una especialización de los estudios internacionales que se desarrollaron en la segunda mitad del siglo pasado. A esto se refieren Madeleine Albright en el artículo citado y Stanley Hoffmann en su libro, cuando hablan de la falta de experiencia estadounidense en el *Nation building*. Por ello, Hoffmann considera que no es deseable ni posible un Estados Unidos ‘imperial’, tanto por la naturaleza de los problemas que enfrentarían, en particular la diseminación del terrorismo y la miseria de una gran parte del mundo, como por la “incapacidad de desempeñar un papel imperial, tarea que exige paciencia, conocimiento y experiencia, además de la disposición a gastar sumas enormes en otros países”.⁵⁴

No en balde, el documento del NAC, otorga especial importancia a las tareas policiales ‘para mantener la paz y el orden’, a fin de alcanzar “objetivos políticos duraderos, ya que es difícil cambiar de regímenes políticos, únicamente con medidas punitivas”. Hasta aquí el análisis es correcto, pero su mayor debilidad radica en considerar, como lo hace el documento, que para combatir el terrorismo hay que buscar la disminución de la miseria y la marginación, “con base en la libertad de mercado y los valores democráticos” —naturalmente tal y como lo entienden los Estados Unidos. Las dificultades que enfrentan en Irak,

65

⁵⁴ S. Hoffmann, *op. cit.*, p. 166 s.

CARLOS ARRIOLA

ya no para implantar la democracia (lo que se antoja imposible), sino para establecer un poder central, un Estado moderno, no constituyen una novedad para los conocedores del Islam, como Bertrand Badie, autor de varios libros sobre el tema.⁵⁵

66 Las tres ‘regularidades’ en las vidas de los imperios permiten suponer que en los próximos años, la acción de los Estados Unidos en el mundo será más amplia e intensa, con independencia del partido político que ocupe la Casa Blanca. Lo que puede variar, y no es asunto menor, será la forma de ejercer el poder: como lo hizo Clinton o a la manera de Bush. En el primer caso, habrá una mayor participación de las Naciones Unidas en el mantenimiento de la paz mundial, así como de las potencias regionales en aquellos asuntos que afectan sus intereses. La búsqueda de la seguridad absoluta será desechada, así como el planteamiento de la guerra preventiva, sin que ello implique un abandono de las responsabilidades primeras de todo Estado: la seguridad de su territorio. Asimismo, sería necesario, al menos, no estimular los sentimientos mesiánicos ni el ‘excepcionalismo’ norteamericanos. Que la mayor potencia pusiera el ejemplo y tratara de someterse a las normas e instituciones jurídicas internacionales sería una contribución valiosa al mantenimiento de la paz y legitimaría el uso colectivo de la fuerza. La creación del Imperio romano y su larga existencia se debió “a la voluntad de conciliar la fuerza y la ley que permitió crear un orden aceptable en el que se mantuvo la paz”.⁵⁶

⁵⁵ Véanse, en particular, *Les deux États, pouvoir et société en Occident et en terre d’Islam*, 1986, París, Librairie A. Fayard; *L’État importé*, publicado por la misma editorial en 1992, y *Culture et politique*, 1986, París, Éditions Économica. Asimismo, véase la obra de Gilles Kepel.

⁵⁶ Pierre Grimal, *op. cit.*, p. 185. En el mismo sentido, Theodor Mommsen, *op. cit.*, p. XIV s. Para este autor se respetó, en la medida de lo posible, “la religión, los usos y costumbres, la personalidad económica y cultural de los pueblos conquistados y se ajustó su vida administrativa y hasta su organización militar al gran mecanismo del Imperio. Véase, en particular, el capítulo II de la tercera parte.

DE LA UNIPOLARIDAD

En el segundo caso se pasaría de la hegemonía a la *arché* de los griegos y a la desmesura de un Alcibíades: “No nos es posible calcular exactamente el territorio sobre el que queremos dominar, sino que es forzoso, en la situación que estamos, hostilizar a unas ciudades y no dejar libres a otras, porque si no fuéramos los amos correríamos el riesgo de ser sus vasallos.”⁵⁷ En otras palabras, la voluntad de poder crecería como el cáncer, como señalaba De Jouvenel. Sin embargo, la peculiaridad de la expansión de los Estados Unidos en el mundo, la incapacidad para el *Nation building*, parecen estrechar la viabilidad del camino seguido por Bush; al menos así parece indicarlo el llamado a las Naciones Unidas para que analice la posibilidad de regresar a Irak y estudiar la conveniencia de celebrar elecciones a fin de salir del atolladero. Aunque así ocurriera, no se resolvería el problema que motivó la guerra: la reorganización política de Medio Oriente con objeto

⁵⁷ VI, 18. En otra traducción, el mismo párrafo tiene connotaciones más fuertes: “No estamos en posibilidad de moderar por nuestra voluntad, nuestra necesidad de mandar ya que estamos obligados, en la situación en que nos encontramos, de amenazar a unos e imponernos a otros. De lo contrario corremos el riesgo de ser dominados, si no dominamos.” Véase Albert Thibaudet, *op. cit.*, p. 59. *Arché* ha sido traducido por imperio en unos casos y por gobierno tiránico o cuasi, en otros. El *imperium* es una palabra latina (fuerza trascendente, creadora y ordenadora, capaz de someter), una invención romana (Véase P. Grimal, *op. cit.*). Atenas ejerció primero una hegemonía; en la época clásica hegemon era el que iba a la cabeza y Atenas lo fue por encabezar la lucha contra los persas (véase Tucídides I, 96), pero rápidamente pasó de esta primacía en la defensa común a la *arché*, el dominio y sus antiguos aliados tornáronse en súbditos según el caso: “gobernamos a nuestros aliados de Grecia según cada uno nos es útil: a los quiotas y metimnenses como pueblos libres que aportan naves de guerra; a la mayoría en forma más severa ya que pagan tributos; y a otros en calidad de aliados completamente independientes, a pesar de ser isleños y fáciles de conquistar, en razón de que están situados en lugares estratégicos” (VI, 85). Para el tránsito de la hegemonía ateniense a la *arché*, véase Olivier Battistini, *La guerre du Peloponnèse*, 2002, París, Ellipses Éditions Marketing, S.A., en particular el cap. 6.

CARLOS ARRIOLA

de alcanzar el fin del conflicto árabe-israelí y de crear un ambiente favorable a los Estados Unidos en la zona. Hace una década Duroselle ya preveía que “la masa en combinación con la guerrilla puede inundar y paralizar a los sistemas sofisticados de armamentos”.⁵⁸ Las experiencias de Vietnam e Irak ilustran esta tesis, por lo que cabe preguntarse, en el caso de continuar la guerra contra el terrorismo con base en las recomendaciones del NAC, qué harán los Estados Unidos para ‘castigar’ países como Afganistán: ¿bombardearlos inmisericordemente una y otra vez? Esta solución los convertiría en un ‘Atila tecnológico’ y conduciría a lo que un estudioso llama ‘El imperio del caos’,⁵⁹ sin resolver, con ello, el problema del terrorismo. Éste, como lo ha hecho hasta ahora, simplemente se diseminaría y esperaría con paciencia la oportunidad de golpear nuevamente, contando con la ventaja de escoger el lugar y la fecha para hacerlo en cualquier parte del planeta. En el *interin* puede seguir sembrando falsas alarmas para distraer, agotar y desacreditar las medidas preventivas.

Han transcurrido tan sólo 15 años desde el surgimiento de la ‘unipolaridad’ por lo que resulta difícil determinar tendencias y mucho menos aventurar pronósticos acerca de un mundo mudable en extremo. En cambio, sí es posible señalar algunas de las primeras reacciones a la

68

⁵⁸ J. B. Duroselle, *op. cit.*, p. 412.

⁵⁹ Alain Joxe, *L'Empire du chaos*, 2002, París, Éditions La Decouverte. El autor es sociólogo y director de estudios en l'École des Hautes Études en Sciences Sociales. Para este académico, los Estados Unidos no buscan conquistar el mundo, solamente ‘regular el desorden’ por medios de presión económicos y expediciones militares punitivas, sin el objetivo de crear un orden internacional (p. 43). En efecto, pensar –como en el caso de Bush– que la democracia y el libre mercado serán las soluciones a problemas tan complejos como los tribales, los religiosos, que han impedido la creación de un Estado moderno, laico, con ciudadanos reales, es una perversidad, ya que se sabe que sólo contribuirá a mantener el caos en una región que se antoja imposible de controlar y de la que depende en gran medida el abastecimiento petrolero del mundo.

DE LA UNIPOLARIDAD

unipolaridad, pero dada la vastedad del tema y los límites de este trabajo, sólo se apuntarán trazos generales.

Los autores y políticos norteamericanos mencionados a lo largo del trabajo coinciden en otorgar prioridad a sus relaciones con Europa. A pesar de las diferencias surgidas en el Consejo de seguridad con respecto a la invasión de Irak, las coincidencias con Europa son mayores. Más allá de las frivolidades de Robert Kagan, de las insolencias de Donald Rumsfeld, de la ignorancia y provincianismo del presidente Bush, los intereses de Estados Unidos y de la Unión Europea marchan en la misma dirección: la búsqueda de la competitividad a cualquier precio, principalmente a costa del gasto social; disminución de impuestos a las ganancias de personas físicas y morales y gravámenes al consumo; ‘flexibilización’ de la legislación laboral para dar paso a los trabajos temporales y precarios que disminuyan los costos de las empresas. Esta coincidencia en la concepción económica no excluye la competencia, la rivalidad y en ocasiones el conflicto, tanto en sus relaciones comerciales (el reciente caso del acero) como en su lucha por los mercados del resto del mundo. Los vínculos de Francia con Irak y sus intereses económicos vienen de tiempo atrás y explican en buena medida sus recientes diferencias con Estados Unidos, al igual que la existencia en Francia de la mayor población de origen árabe en Europa.

69

En el ámbito político las afinidades siempre han sido mayores y las antipatías siempre han sido circunstanciales. La posición británica de apoyo incondicional tiene viejas raíces: como potencia marítima continúa desconfiando de las potencias del continente y su opción estratégica ha sido la alianza con los Estados Unidos. No en balde, el general De Gaulle vetó el ingreso de Inglaterra a la entonces Comunidad Europea, pidiéndole que optara entre sus vínculos trasatlánticos o su adhesión a Europa. En cambio los lazos norteamericanos con la ‘nueva’ Europa de Rumsfeld son circunstanciales, ya que la antipatía entre los Estados Unidos protestantes y el viejo imperio español y católico fue secular y los Estados Unidos se encargaron, en Cuba y Filipinas, de sepultar los restos imperiales. El apoyo del gobierno de Aznar a los Estados Unidos pareció deberse más a sus ambiciones para sustituir a

CARLOS ARRIOLA

Kofi Anan en Naciones Unidas, y el de Berlusconi a su frivolidad y corrupción. Para ambos dirigentes fue también una manera de manifestar su desacuerdo con el proyecto de Constitución europea que disminuía su peso político.

Pasar de estas diferencias circunstanciales entre Europa y los Estados Unidos a formular una teoría de dos concepciones diferentes del poder, como lo hicieron Robert Kagan y Dominique de Villepin, constituyó una necesidad. El ministro francés olvidó rápida y convenientemente que el derrocamiento de Milosevic se realizó bajo la égida de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, al margen de la ONU para evitar el veto ruso y poder, así, destruir la hegemonía de Yugoslavia en los Balcanes, ya que a la Unión Europea le resultaba intolerable la constitución de un poder regional en sus fronteras. Milosevic, a su vez, proporcionó sobrados pretextos para justificar una intervención por razones humanitarias, que no desempeñaron papel alguno en el conflicto de Ruanda. La posterior intervención franco-americana en Haití confirma el carácter circunstancial del diferendo acerca de Irak.

70 Finalmente, pensar que la unión europea podría llegar a constituir una superpotencia capaz de contener el poderío estadounidense responde más a buenos deseos que a una realidad. Haber logrado una integración económica fue un éxito que debe consolidarse a la luz de las ampliaciones a los países del Este con los que hay diferencias culturales profundas como para pensar en una unión política. Además ni el nacionalismo ha desaparecido, ni los Estados se encuentran dispuestos a ceder sus facultades en materia de seguridad y defensa y aún más grave: no se ha consolidado una 'identidad europea', como lo muestran numerosos trabajos.⁶⁰

Por consiguiente, las relaciones entre los Estados Unidos y Europa conocerán fricciones comerciales permanentes y diferencias políticas

⁶⁰ Véanse Riva Kastoryano, *Quelle identité pour l'Europe?*, 1998, París, Presses de Sciences Po; Alfred Grosser, *Les identités difficiles*, 1996, París, Presses de Sciences Po, y Pierre Hassner, "L'Europe et le spectre des nationalismes", en *Esprit*, n° 175, octubre de 1991.

DE LA UNIPOLARIDAD

circunstanciales que responderán más a la forma en que los Estados Unidos manejen su política exterior que a un rechazo europeo de la hegemonía norteamericana.

La literatura sobre política internacional de los últimos meses y no se diga la atención de los medios masivos de comunicación han estado centradas en la guerra al terrorismo, a la invasión de Irak que provocó el conflicto con Europa y al ‘arreglo’ de los problemas en Medio Oriente. Además, China ha acaparado la atención de casi todos los países que, a propósito de sus mercados, han imaginado un nuevo sueño tipo el Dorado de los conquistadores españoles.

La atención a los problemas rusos pareciera menor y, sin embargo, Rusia es el país que en el futuro podrá equilibrar la hegemonía norteamericana, sin que ello implique un regreso al socialismo. Para el gran historiador François Furet, la Unión Soviética habría podido perder la Guerra fría y sobrevivir como régimen o haber dado nacimiento a varios Estados rivales, pero con una referencia común al socialismo, y, así, pueden imaginarse otros destinos. El que tuvo, añade Furet, la dejó sin nada: hubo que volver a las ideas que la Revolución de octubre creyó haber destruido: la propiedad privada, el mercado, la separación de poderes y la democracia liberal.⁶¹

Sin embargo, la caída del socialismo real no implicó la desaparición de las capacidades y recursos de la Unión Soviética. Por el contrario, abrió el camino para un desarrollo de sus potencialidades una vez que resuelva dos problemas políticos básicos: la centralización del poder y la transmisión pacífica del mismo; política seguida por Calles con la creación del PNR a fin de retornar al camino de las instituciones. Furet piensa que ésa fue la idea de Gorbachov: crear, con el grueso de los comunistas, un gran partido en torno a él, con una derecha y una izquierda marginales, algo similar al PRI mexicano.⁶² Los tiempos no estaban maduros, pero pareciera que Vladimir Putin podrá lograr resolver los dos problemas mencionados.

⁶¹ François Furet, *El pasado de una ilusión*, 1995, México, FCE, p. 570. El original en francés también se publicó el mismo año.

⁶² *Idem*, p. 568.

CARLOS ARRIOLA

En su casi olvidada, pero muy sugestiva sociología de la cultura, publicada en 1935, Alfred Weber se refiere a los brutales esfuerzos emprendidos por los rusos para ‘modernizarse’ y alcanzar a Occidente, desde Pedro el Grande hasta la Revolución de 1917. A este propósito escribió: “Si hay un pueblo en la tierra que puede llevar a cabo rupturas revolucionarias hasta sus últimos extremos, hasta desangrarse incluso, es el ruso que parece predestinado a hacer sobre sí mismo experimentos que entrañan peligro de muerte.”⁶³ La terrible experiencia estalinista ¿mitigará con Putin el ardor del nuevo impulso modernizador que pretendía realizar el inestable Yeltzin con el neoliberalismo?

Todo parece indicar que Putin, por su formación y experiencia, es un político prudente, con la cabeza fría, que está enfrentando, de nueva cuenta y mejor que sus predecesores, la *remise au pas* del país. Además, es de esperar que el camino de la modernización tome en cuenta las peculiaridades rusas para evitar los excesos en que se incurrió desde Pedro el Grande.

72 Para el tema de este artículo conviene no olvidar la gran capacidad de los científicos rusos en materia de tecnología militar que siempre ha sorprendido a los occidentales, desde la guerra de Crimea (1853-6) hasta el lanzamiento del primer Sputnik, como lo señalan los historiadores René Girault y Marc Ferro.⁶⁴ De ahí que los enemigos de los ‘talbotistas’ (los partidarios de Strobe Talbott, responsable de la política de Clinton hacia Rusia) como Condolezza Rice, que considera que “Rusia constituye una amenaza para Occidente, en general, y para los europeos, en particular” y añade: no hemos seguido de cerca los peligros que representa el arsenal nuclear y los medios balísticos del Kremlin. La opinión de Rice es compartida por la derecha de su país que considera que se han hecho demasiadas concesiones a los rusos y que éstos no han cumplido con sus compromisos.⁶⁵

⁶³ Alfred Weber, *Historia de la cultura*, 1963, 7ª, México, FCE, p. 198.

⁶⁴ Véase René Girault y Marc Ferro, *De la Russie a la URSS*, 1983, París, Fernand Nathan, p. 225.

⁶⁵ Entrevista publicada en *Politique Internationale*, n° 90, invierno 2000-2001, citada por P. Hassner en *Washington et le monde*, op. cit., p. 178.

DE LA UNIPOLARIDAD

Como se indicó, China constituye el centro de la atención de los *think tanks* y, al igual que en el caso ruso, las opiniones se encuentran divididas entre los que la consideran un adversario potencial o un socio confiable. Los argumentos de las dos partes se apoyan casi siempre en cuestiones circunstanciales, sin faltar pensadores serios que, ante todo, insisten en la necesidad de que el debate no se plantee en términos maniqueos.⁶⁶

Uno de los textos más sensatos y recientes es el escrito en forma conjunta por dos antiguos embajadores en la región, Morton Abramowitz y Stephen Borsworth.⁶⁷ En su artículo se limitan a reconocer y precisar los cambios ocurridos en la región con el resurgimiento de China: disminución, para Washington, del valor estratégico de Japón, Taiwán y Corea del Sur, lo que ha provocado temores, principalmente en Taiwán, acerca de la voluntad norteamericana de defenderlos en caso de un intento chino de recuperar la isla. En Japón, en opinión de los autores, también comienzan a surgir dudas en la opinión pública acerca de la capacidad de los Estados Unidos para manejar el problema de Corea del Norte; y aunque “el *establishment* tiene plena confianza en que su seguridad depende de los Estados Unidos”, no se puede descartar que se abra la discusión sobre el rearme japonés.

Finalmente, cabe destacar que los autores señalan dos puntos importantes: primero, el descuido estadounidense en promover y ayudar a la modernización de Estados débiles como Indonesia, a fin de impedir la expansión de los grupos terroristas. En segundo lugar, que un tropiezo en el ritmo de crecimiento económico de China tendría gravísimas consecuencias en la estabilidad política del país, así como en el ámbito regional. De ahí que los autores sugieran que se aclaren muchos aspectos de la política de los Estados Unidos en la región, que, debido a la

73

⁶⁶ Véase P. Hassner, *idem*, p. 138 s.

⁶⁷ Véase su artículo “Adjusting to the New Asia”, en *Foreign Affairs*, vol. 82, n° 4, julio-agosto de 2003. Actualmente, Bosworth es decano de la Fletcher School y fue embajador en Corea. Abramowitz ocupó el mismo cargo en Tailandia.

CARLOS ARRIOLA

prioridad otorgada a la guerra contra el terrorismo, no han sido estudiados, en particular la capacidad norteamericana “para tratar con jugadores cada vez más exitosos e independientes”.

Esta ‘diplomática’ conclusión pone en duda, sin decirlo, la ‘unipolaridad’, según la entiende el equipo de Bush, y remite a una pregunta que se formulaba Raymond Aron en su estudio sobre Tucídides: ¿Es posible la paz basada en un equilibrio precario por naturaleza entre los Estados? Para Aron “la inestabilidad de las democracias o la pasión de reinar son menos responsables de la desmesura de la guerra y de la ruina de Atenas que el objetivo último de todos los beligerantes. Si cada una quería que se reconociera su superioridad, sólo una victoria total podía satisfacer la ambición de unos y otros”.⁶⁸

Faltaría hablar de Medio Oriente, África y América Latina, aunque estas dos últimas regiones no ameriten, en los textos de políticos y académicos revisados, mayor consideración. Con respecto a Medio Oriente, casi sobran los comentarios con lo dicho anteriormente acerca de la invasión a Irak, un país de poco más de 20 millones de habitantes, que confirma la tesis de J. B. Duroselle (véase *supra*, final del párrafo 2).

74 La llamada ‘unipolaridad’, a la luz de lo expuesto, es más una ocurrencia que un concepto que guíe la elaboración de una política global. Desde cualquier punto de vista, la idea de hegemonía resulta más operativa, ya que traza límites al *imperium*, tanto desde el punto de vista de las capacidades norteamericanas como de las resistencias que ya ha encontrado la voluntad imperial del joven Bush. Si a lo anterior se añade la opinión de Albright y Hoffmann acerca de la incapacidad para el *Nation building*, se reduce aún más la validez de la ‘unipolaridad’ y las inferencias, tan improvisadas como irresponsables, para trazar una política exterior tal y como lo hizo el equipo del New American Century.

⁶⁸ Raymond Aron, “Tucídides y el relato histórico”, *op. cit.*, p. 152.

DE LA UNIPOLARIDAD

Quodlibet

Los trabajos de historia contemporánea difícilmente pueden tener una conclusión; en el mejor de los casos, tan sólo una continuación, siempre y cuando el siguiente autor se ocupe del tema, conozca o tome en cuenta lo escrito anteriormente. Sin embargo, hay que terminar de alguna manera este relato y quizá, la mejor manera de hacerlo sea citar las últimas líneas de dos libros mencionados en varias ocasiones a lo largo de este artículo: *El pasado de una ilusión* de François Furet, el gran historiador de la Revolución francesa, y las del historiador de las relaciones internacionales, no menos importante, J. B Duroselle, *Todo imperio perecerá*. Ambos fueron publicados pocos años después de la caída del muro de Berlín y en más de un sentido constituyeron la base de este capítulo acerca de la unipolaridad, al plantear como punto de partida las esperanzas en una vida mejor que han suscitado el fin de las guerras y el triunfo de las revoluciones.

En sus reflexiones finales François Furet escribió: “La historia vuelve a ser el túnel en que el hombre se lanza, a ciegas, sin saber a dónde lo conducirán sus acciones, incierto de su destino, despojado de la ilusoria seguridad de una ciencia que dé cuenta de sus actos pasados. A esta amenaza de la incertidumbre se añade en el ánimo humano la inquietud de un porvenir cerrado.”

A pesar del pesimismo de las líneas anteriores, Furet considera que “la democracia genera, por el solo hecho de existir, la necesidad de un mundo posterior a la burguesía y el capital, en el que pudiese florecer una verdadera comunidad humana”, por lo que el fin del mundo soviético “no modifica en nada la exigencia de otra sociedad”.⁶⁹

⁶⁹ François Furet, *op. cit.*, p. 570-1. También es de mencionarse la melancolía del joven marxista que fue el autor: “El hombre está habituado a proyectar sobre la sociedad esperanzas ilimitadas, pues la sociedad le promete que será libre e igual a todos. Para ello es necesario rebasar el horizonte del capitalismo, trascender el universo en que existen ricos y pobres. El fin del comunismo le hizo regresar al interior de la antinomia fundamental de

CARLOS ARRIOLA

Duroselle, a su vez, estima que “todo parece indicar que la lucha por la dignidad humana es una necesidad inextinguible del hombre” y, añade, que si el imperio de la fuerza parece insuperable en la escala individual, en la colectiva es derrotable, aunque considera, con escepticismo, que sólo se pasará de un sistema a otro que también tendrá sus privilegiados y sus abusos, pero es posible que los primeros sean los menos y los segundos sean más tolerables. En los años que vienen, concluye su libro, es posible que ocurran terremotos humanos o erupciones populares y quizá de ellos nacerán nuevos imperios “para la dicha y sobre todo para la desdicha de los pueblos. Nacidos de la tormenta, también ellos perecerán algún día”.⁷⁰

76

Lo que sigue es ‘lo que se quiera’, por ello se puso *Quodlibet* a esta conclusión. El futuro de la unipolaridad como el de la globalización no está determinado por ninguna voluntad divina ni por la necesidad histórica, sino por la voluntad humana, tanto de los que gobiernan como de los gobernados. Al final de su exhaustiva *Historia de las relaciones internacionales*, que cubre desde la Edad media hasta la Segunda guerra mundial, Pierre Renouvin señala que sólo hay dos constantes: las permanentes rivalidades entre los Estados y la tendencia a ampliar e intensificar las relaciones de todo tipo entre continentes, países y regiones, y así ha ocurrido de 1945 a la fecha, con independencia del régimen político y del sistema económico de los países.

Tanto los políticos como los académicos estadounidenses mencionados coinciden en señalar que la *Pax Americana* (la unipolaridad) no será para siempre y la discusión versó más acerca de la idoneidad de los medios para mantener, el mayor tiempo posible, la hegemonía de los Estados Unidos, que sobre el contenido mismo del dominio. Naturalmente hay excepciones, por motivos diferentes: de un lado están

la democracia burguesa: los términos complementarios y contradictorios de los derechos del hombre, el mercado y la idea de otra sociedad se ha vuelto algo imposible de pensar, de modo que hemos condenados a vivir en el mundo en que vivimos.”

⁷⁰ J. B. Duroselle, *op. cit.*, p. 351 y 412.

DE LA UNIPOLARIDAD

los ignorantes, como el propio presidente Bush que aún cree en las misiones providenciales. Del otro lado, el de la gente pensante, como Stanley Hoffmann, quien mostró su preocupación por la forma en que se está llevando a cabo la globalización a la que considera fuente de conflictos futuros. En este mismo sentido se han escuchado muchas otras voces, en los Estados Unidos, como las de Joseph Stiglitz, Paul Krugman o Paul A. Samuelson, que previenen contra la desigualdad creciente entre países e individuos y contra la gigantesca ‘corrupción legalizada’.⁷¹

Y aquí cabe plantearse, ¿cómo podrá sostenerse la hegemonía norteamericana en un mundo crecientemente desigual, con una economía que para avanzar destruye todas las formas de solidaridad al tiempo que acaba con las identidades individuales y colectivas? Aunque los Estados Unidos sean un imperio ‘sin fronteras’ y en lugar de las legiones romanas hayan utilizado sus grandes compañías, el resultado no es muy diferente: “privilegios excepcionales para sus ciudadanos y una rapacidad sin falla en el plano económico, además de imponer su lengua y su cultura”.⁷²

Después de 25 siglos de cultura occidental, el decorado se ha modernizado, los actores son otros y el lenguaje se ha modificado. Sin embargo, no ha cambiado la trama esencial de la obra: la lucha por el poder y la riqueza que Solón, Clístenes y Pericles trataron de domeñar como grandes hombres de Estado que fueron. Sus mediocres sucesores, como el irreflexivo Cleón, el justo pero timorato Nicias y el traidor

77

⁷¹ Véase Rafael Segovia “La nueva moralidad”, *Reforma*, 27 de febrero de 2004. En el momento de redactar estas líneas se encuentra en su apogeo el escándalo por la deshonestidad de los políticos de los partidos Verde Ecologista de México y de la Revolución Democrática, al tiempo que se consumó la operación bancaria de BBV-Bancomer que, al igual que la de City Bank-Banamex, eludió el pago de impuestos. Estos últimos son ejemplos claros de la corrupción ‘legalizada’.

⁷² Rafael Segovia, “La carga del hombre blanco”, *Reforma*, 16 de agosto de 2002.

CARLOS ARRIOLA

Alcibíades, acabaron con la hegemonía ateniense, al tiempo que desde el ostracismo aún se escuchan las reflexiones de Tucídides con su reducida esperanza en que la razón y la inteligencia prevalezcan sobre la estupidez y las pasiones humanas.